



YASUTAKA TSUTSUI
LO QUE VIO LA CRIADA
OCHO CUENTOS PSÍQUICOS

ATALANTA



Tras el delirante festín de *Hombres salmonela en el planeta Porno* y *Estoy desnudo*, los dos libros de relatos que en esta colección han descubierto al lector hispano el singular universo narrativo de Yasutaka Tsutsui, *Lo que vio la criada* supone una nueva inmersión en la corrosiva radiografía que el escritor japonés hace de su sociedad. A través de la capacidad extrasensorial de la joven Nanase y de sus experiencias en las diferentes casas en las que se irá empleando como sirvienta, Tsutsui diagnostica, con cada uno de estos ocho cuentos *psíquicos*, los males enquistados en las familias del Japón contemporáneo.

Si las miserias humanas reveladas en «Zona de las calmas», «Cautivos de la suciedad» o «Himno a la juventud» avanzan el tono general del volumen, en «El melocotón» Tsutsui hace un irónico retrato del japonés adicto al trabajo que, desorientado por su jubilación temprana, se abandona a la lujuria, al tiempo que desarrolla la evolución del personaje de Nanase, quien poco a poco va asumiendo su don telepático hasta empatarse con los seres mitológicos de la tradición nipona. En «Una Bodhisattva entre las llamas del infierno» o «Fruta del cercado ajeno», la farsa desemboca en una guerra fría psicológica, cuando no en un cuento de terror, mientras que «El pintor de los domingos» y «Querida mamá, que en paz descanses» presentan arquetipos como el del artista marginado o el rey Edipo, haciendo de esta singular colección de relatos un certero y despiadado espejo que trasciende lo japonés para extenderse a lo universal.



ARS BREVIS

ATALANTA

117



www.elboomeran.com

YASUTAKA TSUTSUI
LO QUE VIO LA CRIADA
OCHO CUENTOS PSÍQUICOS

TRADUCCIÓN DEL JAPONÉS
JESÚS CARLOS ÁLVAREZ CRESPO



ATALANTA

2018

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: 家族八景 (*Kazoku hakkei*)

Publicado originalmente en ocho entregas entre 1970 y 1971 en la separata de la revista *Shōsetsu Shinchō* y posteriormente, en 1972, en forma de libro.

© Yasutaka Tsutsui

© Jesús Carlos Álvarez Crespo

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-947297-3-7

Depósito Legal: GI 1691-2017

Índice

Zona de las calmas

11

Cautivos de la suciedad

31

Himno a la juventud

49

El melocotón

67

Una Bodhisattva entre las llamas del infierno

93

Fruta del cercado ajeno

119

El pintor de los domingos

141

Querida mamá, que en paz descanses

167

Lo que vio la criada
Ocho cuentos psíquicos

Zona de las calmas

En el patio delantero lucían, en su plenitud, unas flores rojas. Nanase no conocía su nombre, pero tampoco le interesaba saberlo.

La residencia de los Ogata era una vivienda de clase media, luminosa y con una gran galería. Nanase llamó al timbre y esperó un rato en el porche. El vecindario estaba en silencio, a excepción del tenue sonido del silbato de los trenes de cercanías.

Sakiko Ogata abrió la puerta. Pese a que aún no había cumplido los cincuenta, parecía mucho mayor, tal vez debido a la sobriedad de su kimono.

—¡Adelante, por favor!

Cuando Nanase se presentó, Sakiko dio muestras de relajarse y le sonrió mientras la conducía hasta el recibidor. Todos los muebles eran nuevos. Por lo visto, la política de la casa consistía en redecorarla constantemente con enseres baratos.

Tras leer las referencias de la muchacha, la mujer levantó la vista y, de nuevo, esbozó una sonrisa.

–La señora Akiyama habla muy bien de ti.

Nanase asintió levemente. Aunque no las hubiera leído, sabía lo que indicaban las referencias.

Cada vez que llegaba a un nuevo lugar de trabajo, la señora de la casa le preguntaba cuál era el motivo por el que había dejado su anterior ocupación. Así, podía averiguar, de manera indirecta, si lo había abandonado por propia voluntad o si la habían despedido. Pero Sakiko no lo hizo.

Tampoco le enseñó la casa a la nueva doncella, otra práctica habitual. Se limitó a sentarse frente a ella con aire pensativo y ausente.

Nanase intentó sondear la mente de la mujer, pero en su consciencia sólo encontró minucias sin interés.

«Los azulejos del baño están empezando a rajarse. Esta noche prepararé carne de ternera y pimientos verdes con salsa de miso. Tenemos problemas para ajustar la sincronización vertical del televisor. El cerrojo del trastero está roto. Le tendré que decir a esta chica que la olla eléctrica de arroz no funciona, pero que mañana traerán una nueva de la tienda de electrodomésticos.»

Los pensamientos de Sakiko no iban más allá de estos asuntos ordinarios. Incluso podría debatirse que fueran pensamientos. No eran más que hechos banales tambaleándose en la llanura de una consciencia vasta y vaga.

Estaba claro que la señora se refugiaba en las cosas cotidianas e insignificantes para olvidar sus problemas. Nanase ya se había topado con este tipo de mecanismo otras veces. Era muy común entre las mujeres de personalidad débil, de mediana edad y de clase media, acostumbradas a que se las ignore y que, a pesar de ser conscientes de ese desprecio, lo borran de sus mentes.

Sakiko se fijó en el maletín que llevaba Nanase, pensó que era muy pesado e imaginó lo cansada que estaría des-

pués de subir la cuesta con él. Al fin, se le ocurrió ofrecerle algo de beber.

—¿Qué te parece si tomamos un té en la cocina? —le dijo.

Sakiko se incorporó y volvió a sonreír a la muchacha. Era una sonrisa completamente vacía de significado. Lo que más sorprendió a la joven fue que no percibió en ella la menor expresión de calidez.

Nanase no se acordaba de la primera vez que le leyó el pensamiento a alguien. Sin embargo, ni en una sola ocasión, en sus dieciocho años de vida, se había planteado que se tratara de una habilidad especialmente inusual. Incluso tenía la impresión de que había muchas personas que poseían esa capacidad. Su sentido común le decía que cualquiera que la tuviera lo mantendría en secreto, como ella.

No creía que la telepatía fuera una ventaja ni un inconveniente, sino un sentido más, como el oído o la vista. Sólo se diferenciaba de los otros en que exigía un mayor esfuerzo. Nanase hacía referencia a él como «descorrer el cerrojo» y lo consideraba desligado de otras funciones mentales.

Se cuidaba mucho de mantener ese cerrojo echado cuando no lo utilizaba. Por propia experiencia sabía que, si lo dejaba abierto, los pensamientos del interlocutor salían disparados en cascada y acababa por no poder distinguir entre lo que decía y lo que pensaba, una situación sumamente peligrosa en la que, sin pretenderlo, podría revelar sus poderes.

Ese día, mientras Sakiko le explicaba varios asuntos, descorrió el cerrojo y ahondó en la mente de su señora. Pero lo único que pudo ver fueron las preocupaciones cotidianas que la agobiaban esparcidas a lo largo de un páramo. Ni siquiera consiguió averiguar lo que sentía por los miembros de su familia.

Hisakuni Ogata, el cabeza de familia, dirigía el Departam-

mento de Administración General de una constructora naviera. Tenían dos hijos: Eiko, que era estudiante de cuarto curso en una universidad femenina, y Jun'ichi, que acababa de entrar en la universidad ese mismo año. Eiko era muy guapa y, su hermano, algo afeminado. Los dos habían heredado el carácter hedonista de su padre. Eso era todo lo que Nanase había logrado averiguar. Y la mayor parte de cosas se las había dicho la misma Sakiko.

El día tocaba a su fin y ni el padre ni los hijos habían regresado a casa. Algo que parecía lo habitual, ya que Sakiko permanecía impasible.

Tras una cena sencilla, la señora no hizo ningún otro intento de conversar con Nanase. Se quedó mirando ausente el televisor en el cuarto de estar. No veía nada concreto, estaba literalmente absorta.

El marido volvió pocos minutos después de las once.

A pesar del cansancio, Nanase se había mantenido despierta para poder presentarse a su nuevo empleador.

—¿Aún no han vuelto los chicos? —preguntó Hisakuni a su mujer cuando entró en el cuarto de estar. Nanase hizo ademán de saludarlo, pero él la ignoró.

—No, aún no —respondió Sakiko, que le presentó a la muchacha con su vacua sonrisa.

—Encantada, señor.

Nanase inclinó la cabeza e intentó descorrer el cerrojo.

Él la miró de soslayo y la saludó con indiferencia, comparándola con la caterva de jóvenes camareras de clubes nocturnos de lujo, de cuya compañía había estado disfrutando hasta hacía poco. En virtud de su cargo como director de asuntos generales parecía disponer de dotes de observación.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Sakiko mientras asentía con la cabeza.

Hisakuni miró el reloj de pared.

–Una taza de té.

En realidad, no quería té. Le preocupaba Eiko, su hija, aunque nunca lo admitiría, ni siquiera ante sí mismo. Se había convencido hacía tiempo de que cedía fácilmente a los deseos de su descarriada hija, y la había relegado a la parte superficial de su consciencia. Una vez que escuchaba la excusa que le ponía por llegar tarde, se relajaba. Sabía que era mentira, pero aun así necesitaba oírla.

Nanase se había percatado de que esto no tenía nada que ver con el amor paternal, sino con los celos.

Hisakuni no sentía nada hacia su mujer. La consideraba un animal doméstico por el que no experimentaba ni siquiera desprecio. El recuerdo de su esposa se encontraba sepultado en los días en que todavía era hermosa; habían pasado casi diez años desde la última vez que tuvieron relaciones sexuales. En la actualidad, no le dirigía ni la palabra. Cualquier cosa que le dijera por compasión no haría más que aumentar su desdén hacia ella, y Sakiko lo sabía. Como con frecuencia le dejaba esto claro con su actitud, ella prefería ser ignorada que desdeñada.

Las únicas y verdaderas preocupaciones de Hisakuni en esos momentos eran su trabajo y las jovencitas. E incluso exageraba deliberadamente sus sentimientos hacia éstas. Lo único que podía ver Nanase en su mente era el vacío.

–¿Así que tienes dieciocho años? –preguntó, antes de darse cuenta de que había usado el mismo tono de voz que con las chicas del club nocturno–. ¡Qué maravilla es ser joven! –añadió rápidamente–. ¡Qué maravilla es ser joven!

Hisakuni se acostaba con una camarera no mucho mayor que Nanase. Se llamaba Setsuko y era muy voluptuosa.

–¡Qué razón tienes! –respondió Sakiko asintiendo con la cabeza, pegada a la televisión mientras veía el programa de medianoche.

Eiko volvió a casa borracha. Un amigo le había hecho ingerir mucho alcohol, la había llevado a un motel y luego la había traído a casa en coche.

Se quedó mirando a Nanase y pensó que con la criada delante podría zafarse de la situación sin necesidad de excusarse por su retraso. Pero enseguida cambió de idea y decidió dar una breve explicación.

—Esta noche no ha venido Yoshie. De haberlo hecho, me habría traído en coche y habría llegado antes. He tenido que esperar a Kitani para que me trajera. Aunque creo que quería seguir bailando, se ha tomado la molestia de acompañarme.

—Estupendo —dijo Hisakuni, asintiendo con una sonrisa.

—Qué amable es Kitani, ¿verdad? —añadió Sakiko.

—Me apetece un té —dijo Eiko, que a partir de ese momento comenzó a hablar con la muchacha—. Te llamas Nanase, ¿no? ¿Puedo llamarte Nana? ¿Tienes dieciocho años? ¡Qué envidia! ¡Ojalá volviera yo a tenerlos!

Eiko no hizo ademán de levantarse para preparar té. Tanto ella como su padre parecían pensar que lo lógico era que lo hiciese su madre. A ésta no le importaba lo más mínimo recibir órdenes de su hija. Eiko detestaba la indolencia de su progenitora.

Mientras hablaba, Eiko reproducía mentalmente la escena sexual que acababa de vivir con Kitani. Con ese regusto, podía recrearse en su lujuria incluso mientras bromeaba de forma superficial. A Nanase, que aún no tenía experiencia con los hombres, le parecía que lo que pasaba por la cabeza de la hija era sumamente interesante.

Mientras continuaba con su verborrea, Eiko se excitó y empezó a narrar, delante de toda la familia, el encuentro que había tenido con su amigo.

—Y entonces Kitani, adrede, le pisó el pie a Takada, y éste dejó de echarme miraditas extrañas...

Por el alborozo que expresaba Eiko, su padre comenzó a sospechar algo, hasta se convenció de que su hija acababa de regresar de realizar unos jueguecitos indecentes. «Intenta engañarme», pensó, mientras imaginaba a su hija y al universitario Kitani, a quien sólo había visto una vez, retozando desnudos.

La descripción de Hisakuni sobre la conducta de Eiko resultaba sorprendentemente realista. Nanase ahondó en la mente del padre.

Éste estaba superponiendo la imagen de su hija desnuda sobre la de Setsuko, la camarera, pero no para tranquilizarse, sino más bien para excitarse. Mientras su hija seguía con la charla, él continuó sonriendo con jovialidad.

La intuición femenina de Eiko le permitía percatarse de que, cuando hablaba de sus amantes, la sonrisa de su padre adquiriría cierto aire lascivo. Despreciaba a su progenitor por intentar avivar sus pasiones a través de ella, y odiaba la forma ruin con la que cada noche agasajaba a sus clientes para no tener que pagar de su bolsillo la comida y la bebida de los lujosos clubes nocturnos que frecuentaba. Pero no tenía la menor sospecha de que su padre se acostara con una camarera que le costaba uno de sus subcontratistas.

A Nanase le sorprendió un poco que, a pesar de que acababa de incorporarse a su nuevo trabajo esa misma noche y de que allí era una extraña, la conducta de la familia no pareciera diferir de la habitual. Quizá fuera porque sus miembros se trataban como extraños entre sí. Dudaba de que la presencia del hijo, Jun'ichi, cambiara algo el ambiente.

Cuando terminó el programa televisivo de medianoche, el chico seguía sin volver. Daba la sensación de que al resto

de la familia no le importara lo más mínimo. Nadie se acordaba de él.

–Es hora de acostarse –dijo Hisakuni levantándose tras apagar el televisor.

Al fin, Nanase se dio cuenta de que esa aparente armonía familiar no se había mantenido gracias a la cháchara de Eiko, sino a la música de fondo que procedía del televisor. Una vez apagado éste, un silencio asfixiante agredió a la familia. No había más remedio que irse a la cama.

Cuando Hisakuni salía del cuarto de estar, se detuvo de repente. Había pasado por alto el hecho de que su hija hubiera vuelto tarde. ¿Debería reprenderla antes de acostarse? Se dijo que la obligación de un padre sería decirle algo al respecto, aunque sólo fuera para mantener las formas. Al menos debía actuar como un padre amoroso en esa representación de armonía familiar.

–A partir de ahora, me gustaría que volvieras antes a casa –dijo en un tono sumamente suave. Su voz sonaba forzada.

–Lo siento, papá.

Eiko se disculpó de inmediato porque había adivinado lo que le iba a decir su padre en el mismo momento en que éste detuvo sus pasos. Pero no podía contentarse con eso. Tenía que desempeñar su papel de hija traviesa y vengarse.

–Claro que nunca imaginé que regresarías antes que yo un sábado por la noche.

Y se puso a reír.

Hisakuni hizo lo mismo. Estaba avergonzado.

Sakiko torció el gesto e hizo un amago de sonrisa.

Nanase se sentía incapaz de reír, así que fingió que estaba limpiando. La risa de la familia no contribuyó a aliviar la tensión, sino a resaltar el vacío.

Todos se habían acostado ya, pero Jun'ichi todavía no había vuelto a casa.

A Nanase le habían destinado una pequeña habitación de unos siete metros y medio cuadrados¹ al lado del recibidor. El ruido ocasional de los coches que frenaban en la calle no la dejaba dormir. Al amanecer, sobre las cuatro y media o las cinco de la madrugada, el estruendo de un coche deportivo desapareció en el garaje, junto a la entrada. Sabía que Jun'ichi tenía llaves, así que no se molestó en levantarse.

El domingo por la mañana toda la familia durmió hasta tarde. Por fin, poco antes de las diez, se levantó Sakiko. Como la criada estaba allí, parecía que se lo tomaba todo con una calma deliberada.

Poco antes de mediodía, cuando Nanase pasó por delante de la habitación de Jun'ichi, lo oyó hablar en sueños. Como no sabía qué pasaba, se detuvo a escuchar. Eiko, que acababa de levantarse, emitió una risilla sofocada.

—Habla en sueños. Al principio todo el mundo se sorprende.

El chico se levantó poco antes de las dos y pidió que le preparasen un gran bol de sopa de miso porque, según decía, era bueno para la resaca. La noche anterior se había bebido media botella de whisky en el apartamento de una antigua compañera de secundaria básica.² Ahora era camarera en un club nocturno. Se llamaba Setsuko y era muy sensual.

Padre e hijo se acostaban con la misma mujer. Es más, Jun'ichi lo sabía. Nanase se lo miró fijamente. Cuando bebía

1. Cuatro tatamis y medio. En Japón se utilizan los tatamis o esteras de paja que cubren las estancias tradicionales para expresar la superficie de las habitaciones. Su tamaño varía de una región a otra, pero en líneas generales podemos cifrarlo en 1,65 metros cuadrados (90 x 180 cm). (*N. del T.*)

2. La educación en Japón se ajusta al sistema 6-3-3-4. Esto es, seis años de educación primaria (entre los seis y los doce años), tres de educación secundaria básica (entre doce y quince años), otros tres de educación secundaria superior (entre quince y dieciocho años) y cuatro de universidad (entre dieciocho y veintidós años). (*N. del T.*)

en la cama con Setsuko, criticaba a su padre para liberar su odio.

—¿Te pasa algo? —preguntó Jun'ichi mirando a Nanase mientras depositaba el bol en la mesa de la cocina. Aprovechando que estaban los dos solos, pretendía incomodarla. La muchacha desvió la vista hacia otro lado, azorada.

—No, no... nada.

Le encantó ponerla nerviosa. Era un narcisista redomado.

Ese día, Nanase dejó el cerrojo descorrido hasta la hora de cenar. Le había llamado la atención descubrir a Setsuko en los pensamientos de Jun'ichi. Llevaba más de diez años leyendo la mente de las personas y había poco de lo que se sorprendiera, pero esta vez sí se alarmó y no se fiaba.

«¡Qué horror!», pensó. «Nunca antes me había encontrado con una familia tan espantosa.»

Tenían la regla tácita de quedarse en casa los domingos. Era el día en el que los Ogata, para evitar el fracaso total, mostraban lo bien que se llevaban.

Aquél era un día radiante.

Hisakuni pasó todo el tiempo cuidando el jardín.

Los demás miembros de la familia se dedicaban a ver la televisión o se reclinaban en sus habitaciones. En ocasiones vagaban por la casa sin motivo aparente y, cuando se encontraban, se hacían bromas insustanciales, se reían o soltaban chistes inocuos al padre desde la galería.

—Hermanita, te ha vuelto a crecer el panderero, ¿eh?

—¿Te lo pasaste bien anoche? Ja, ja, ja.

—Mamá, estás encorvada.

—¡Oh, papá! Qué mal gusto tienes para los jerséis.

—Padre, deberías quitarte la gorra. Si no, mañana todo el mundo pensará en la oficina que te has puesto moreno jugando al golf.

–¡Pero qué dices, hombre! Son los subordinados que escoltan a los clientes quienes se ponen morenos en el golf. Yo soy mucho más importante. ¡Un pez gordo!

–¡Oye, Jun'ichi! Estás echando barriguita.

–Mamá, te están saliendo canas. Deja que te quite una.
¡Mira!

Sakiko era la única que no respondía a las provocaciones, fueran las que fueran. Se limitaba a esbozar una sonrisa.

Todos los miembros de la familia conocían su rol. Vagaban por la casa con el corazón lleno de malicia; sólo cuando se cruzaban se contoneaban ligeramente como si fueran plantas acuáticas para evitar el contacto físico y adoptaban poses que habían llegado a dominar gracias a las telenovelas.

Nanase se asfixiaba en ese ambiente. La noche anterior había predicho que no duraría mucho en esa casa.

A las siete en punto, con la cena preparada y las noticias a punto de empezar, la familia al completo se dio cita en el cuarto de estar. Era otra de las costumbres de los Ogata que nadie había instaurado. De haberlo hecho, se hubiera desvanecido de inmediato.

–¿Te apetece un whisky? –preguntó Sakiko a su marido.

«No queda mucho sake. Espero que quiera whisky.»

–Tomaré un poco de sake –dijo Hisakuni.

«En el club no tienen sake.»

«Por supuesto, en el club no puede beber sake. El sake es para acompañar la cena. ¡Maldición! ¡Vaya con los gustos del vejstorio! No lo soporto.»

–A mí ponme un whisky –dijo Jun'ichi. Luego, temiendo haber sonado hostil, añadió rápidamente:– Mañana tengo que madrugar, así que necesito beber algo para poder dormir.

–Una copita para que se te pase la resaca, ¿no? –dijo Eiko con sorna.

El hecho de que tanto ella como su hermano tuvieran una constitución y una fisiología idénticas, a pesar de ser de distinto sexo, hizo que a Eiko le recorriera un escalofrío por el espinazo.

Jun'ichi se rio, pero no le respondió. Pensó que su hermana era tan idiota como su madre, o incluso más. Pero lo que no le perdonaba bajo ningún concepto era que se negara a reconocer, igual que su madre, su propia estupidez. Y lo más increíble: se creía que era una especie de intelectual.

«¡Un caso perdido!»

Aún más preocupante era el hecho de que le sisara los ahorros a su padre para gastárselos en ropa. «Qué derecho tiene ella, sabiendo que acabará casándose.» Pero Eiko sostenía que era un tipo de mujer que necesitaba mucho dinero para presumir de buena presencia.

«¡Maldita presumida!»

–Nana, ¿podrías traer el whisky y el sake? –dijo Sakiko.

Nanase fue a la cocina, donde estuvo un buen rato pensando en qué recipiente calentar el sake y qué copita utilizar. Como es lógico, salió de dudas leyéndole la mente a la mujer, ya que ésta sólo pensaba en esos detalles sin importancia.

Sin embargo, para Nanase eso resultaba peligroso. Si hacía exactamente lo que deseaba Sakiko, su asombrosa intuición podría levantar sospechas. En casos así, se hacía la tonta.

Cuando la joven se presentó en el cuarto de estar con las copas equivocadas que había escogido adrede, Eiko le llamó la atención de la forma más cortés posible.

–¡Oh! ¿No había vasos de whisky más pequeños? Es que éstos son de champán.

«Tonta. Pueblerina.»

Eiko no sentía más que desprecio hacia las otras mujeres.

–Bueno, no importa, los vasos grandes están bien –dijo Jun’ichi.

«No seas tan sabelotodo, zorra.»

Eiko sonrió irónicamente.

«Te crees muy guapo, maldito alcohólico.»

Hisakuni también sonrió con ironía.

–Parece que tienes una extrema consideración por Nana, ¿eh?

«¿Es eso lo único que te interesa, viejo verde?»

–Yo soy considerado con todas las mujeres.

«Incluida tu amante, vejestorio.»

–¿Ah, sí? –es todo lo que se le ocurrió contestar al hombre.

Hisakuni sentía pavor hacia la juventud. Su dolorosa experiencia le había enseñado que los problemas en el trabajo eran ocasionados por la insubordinación de los empleados jóvenes hacia sus superiores. En el caso de que Jun’ichi osara rebelarse alguna vez, podía imaginarse perfectamente como su debilidad y confusión pondrían fin rápidamente a cualquier insurrección contra la autoridad parental. La inseguridad lo paralizaba.

No obstante, las observaciones de Nanase sobre Jun’ichi revelaban que Hisakuni sentía aprecio por él. Y es que, aunque el hijo lo desafiara, era tan inseguro que se vendría abajo al primer contraataque. Un bufido llenaría de terror su corazón.

Detrás del odio y el desprecio que sentía por su padre, se escondían el miedo y la culpa. El propio Jun’ichi no era consciente de ello, aunque el más mínimo incidente haría que estos sentimientos salieran a la luz y se propagaran.

–Jun’ichi, por mucho que halagues a Nana, es inútil. Ya ha oído los horribles disparates que dices mientras sueñas –dijo Eiko.

—¡Vaya, parece que no tengo escapatoria!

Jun'ichi adoptó una postura cómica y dejó escapar un alarido. Luego alzó la vista, se quedó mirando a Nanase y le preguntó en tono nervioso y fingido:

—Entonces ¿qué es lo que dije en sueños?

«Ya basta», pensó Nanase. Una familia que discutiese todo el tiempo sería mucho mejor que ésta. De repente, se vio superada por el deseo de destruir esa falsa armonía. Quiso poner a prueba cuánto aguantarían ante el dolor que eran capaces de infringirse mutuamente.

—Pronunció el nombre de una mujer —dijo soltando una risilla sofocada.

Jun'ichi detuvo el movimiento de los palillos.

Eiko sonrió disimuladamente y se regocijó; se lo temía.

—¿Así que el nombre de una mujer? —preguntó Hisakuni subiendo levemente el tono de voz mientras sonreía a Nanase. Para mantener su posición hegemónica de cabeza de familia, se sentía obligado a hablar claro aunque fuera sobre asuntos banales—. ¿Y cuál era?

Nanase respondió de inmediato.

—«Setsuko».

La cara de Hisakuni adquirió una expresión de extrañeza.

El cuerpo de Jun'ichi se tensó.

«Salió. Por fin salió a la luz... ¡Maldición! La estúpida tipeja esta que se va de la lengua.»

Eiko se percató del cambio repentino de actitud de su padre y su hermano, y tuvo la sensación de que algo sucedía.

«Aquí hay algo raro. Yo también lo oí hablar en sueños y estoy segura de que no mencionó ningún nombre de mujer.»

«La he fastidiado», pensó Nanase. No se había dado

cuenta de que Eiko también lo había escuchado. Ahora debería desviar los pensamientos de Eiko hacia la confrontación entre padre e hijo. Para ello, tendría que avivar las sospechas y la hostilidad.

–Y entonces... –Nanase hizo como si estuviera pensando. Buscaba en la mente de Hisakuni y Jun'ichi el nombre del club donde trabajaba Setsuko, pero no lograba encontrarlo. Los pensamientos del hijo se centraban en la expresión y el comportamiento de su padre. Hisakuni analizaba la posibilidad de que la Setsuko que él conocía fuera también la de su hijo.

–¿Y luego? –preguntó Hisakuni–. ¿Dijo algo más?

–¡Sí, hombre! –bromeó Jun'ichi rápidamente–. Dame un respiro, Nana.

Continuar inflamando los ánimos resultaba arriesgado para Nanase, ya que provocaría que la atención de todos se centrara en ella. Así pues, abandonó la idea de dar a conocer el nombre del club. De esta forma, evitó una ruptura irreparable.

Durante unos instantes hubo un silencio tenso.

Hisakuni rompió a reír.

–¿Ah, sí? ¿Conque Setsuko? Ja, ja, ja.

Una vez superada su resistencia a decir el nombre en voz alta, se animó.

De nuevo, toda la familia se puso a reír a carcajadas.

Se recuperó el equilibrio.

«Aquí hay muchas Setsuko. Algo pasa. Estoy segura. Me pregunto quién será esa Setsuko. La criada tiene la lengua muy larga. Voy a tener que hacer algo al respecto.»

En contraste con sus siniestros pensamientos, el tema de conversación pasó a ser la televisión. La familia parlotaba con una animación sana que parecía sacada de una telenovela.

Como Nanase esperaba, la trama de Jun'ichi contra ella fue tomando forma. La puso en práctica dos días después. Sacó de las billeteras de sus padres el dinero suficiente para que lo echaran en falta y luego le confesó a su madre que había visto cómo la muchacha lo había robado.

Nanase lo sabía todo de antemano, pero se sentía indefensa al no poder hacer nada. Si lanzaba un contraataque, corría el peligro de que Jun'ichi descubriera sus poderes.

Por extraño que pareciera, Sakiko no dijo nada a Hisakuni de lo que le había contado su hijo. A Nanase se le ocurrió que tal vez había pensado que era habitual que una criada sisara algo de dinero y que no se iba a preocupar por ello. De vez en cuando, recorría el cerrojo y le leía la mente.

La chica no encontraba ninguna alusión a su supuesta cleptomanía en sus pensamientos, que seguramente se centraban en otras minucias. Era extraño, pero en medio de ese caos no había distinción entre lo importante y lo superfluo. Todo se esparcía de forma uniforme.

A juzgar por la actitud de Sakiko, Nanase creyó que tal vez no la despedirían, aunque en esa ocasión, contrariamente a lo que se esperaba, erró en su predicción. Sakiko había estado pensando en qué otra casa podrían emplear a la criada. Ésta se dio cuenta de ello cuando la mujer le expuso el asunto.

–Hay una familia que se llama Jinba –dijo Sakiko–. Los niños están haciéndose mayores, pero todavía necesitan a alguien que se ocupe de ellos. En total son trece, así que será un poco duro. Es una pena que te marches, pero, si no te importa, me gustaría enviarte allí.

–¿Trece...? –dijo Nanase soltando un suspiro de alivio en su interior.

–Pero son muy buena gente, una buena familia. Y el sueldo será mucho mejor que el que nosotros te pagamos.

Nanase sondeó la mente de Sakiko, pero lo único que encontró fueron esbozos de ideas y expresiones que no herían sus sentimientos. No obstante, tenía claro que ya no requerían su presencia, de modo que asintió.

–De acuerdo, acepto su oferta.

Sakiko también asintió con la cabeza.

–Es una pena, pero, ¿qué se le va hacer? –por supuesto, lo decía sin emoción alguna.

Nanase se preguntó: «¿Qué tipo de estructura mental tiene esta mujer?». Sus emociones y el funcionamiento de su mente le resultaban completamente indescifrables, como si estuviera ocultando sus verdaderas intenciones. Entonces se sobresaltó.

«¿Y si estuviera escondiendo lo que realmente piensa?»

Para conseguirlo, ¿acaso no estaba incrustando adrede esos asuntos cotidianos en lo más superficial de su conciencia? Como los infinitos fragmentos de aluminio esparcidos por el suelo que bloquearían una pantalla de radar y confundirían al enemigo.

¡Eso es! Esto explicaría por qué Nanase no había logrado encontrar en la mente de Sakiko ninguna señal de que le estaba buscando un empleo.

Lo que significaba que Sakiko era consciente de los poderes telepáticos de Nanase.

De ser así, entonces Sakiko era telépata.

¿Quién hubiera pensado algo semejante?

Sakiko era la persona con quien más cautela debería haber tenido. Y aun así, hasta entonces, Nanase la había menospreciado por su apocamiento y, como el resto de la familia, la había ignorado por completo.

Pero ¿de verdad tendría telepatía? ¿O sólo intentaba ocultar sus notables poderes de intuición? ¿O era telépata sin más?

«Si es así, respóndeme con la mente.

»Si es así, respóndeme con la mente.»

Nanase miró fijamente a Sakiko mientras la llamaba con la mente.

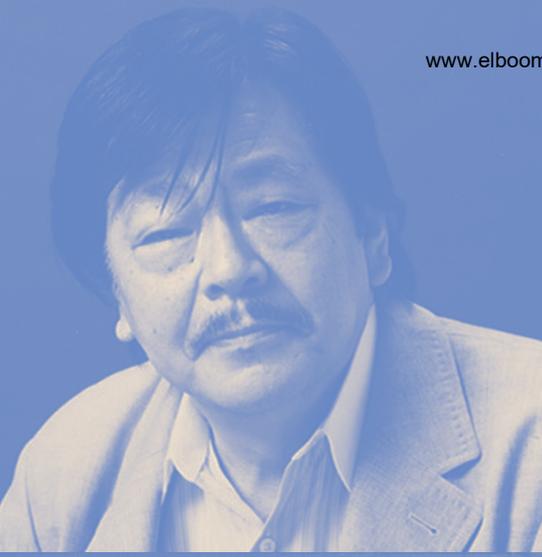
Pero Sakiko se mostraba inexpresiva. Y las yermas imágenes que se propagaban por el paisaje de su consciencia eran las mismas de antes.

Nanase sintió que un escalofrío le recorría el espinazo.

¿Sería tal vez así como se comportaría una telépata para proteger la fachada de paz y el equilibrio de su familia? ¿Se vería obligada a actuar así? Y si Sakiko representaba la decadencia vital de una mujer con poderes telepáticos, ¿acabaría también Nanase así algún día? No, no, no tiene por qué ser por la telepatía; todas las mujeres dotadas de una acusada intuición esconden su propia agudeza. ¿Es posible que para proteger la armonía familiar, aunque ésta sea sólo aparente, haga falta poseer una estructura mental capaz de permitir incluso ser despreciada e ignorada? Y tal vez, por eso mismo, Sakiko hubiera decidido sacrificarse de esta forma, porque es así como se comporta una esposa inteligente.

<https://www.edicionesatalanta.com/libro.php?id=135>

Yasutaka Tsutsui (Osaka, 1934) es novelista, dramaturgo, crítico literario, músico y actor. Tras graduarse en arte y estética en la Universidad Doshisha, fundó la revista de ciencia ficción *NULL*. Durante los años setenta comenzó a experimentar con diferentes formas literarias. A pesar de su prestigio como autor de ciencia ficción, en el verano de 1993 anunció que dejaba la escritura por el linchamiento que había sufrido en la prensa tras una protesta de la Asociación de Epilépticos de Japón a raíz de una frase que aparecía en uno de sus cuentos. Así pues, se negó a publicar en su país, convirtiéndose en el primer ciberescritor japonés, al haber sido internet el único medio de poder leer sus historias durante una larga temporada. Su prolífica obra ha merecido numerosos e importantes galardones: el premio Izumi Kyoka (1981), el Tanizaki (1987), el Kawabata (1989) y el de CF (1992). En 1997 fue nombrado Chevalier des Arts et des Lettres por el Gobierno francés.



ISSN 978-84-947297-3-7



9 788494 729737